

Algar  CALCEÓN

# Ángeles de manzana

Braulio  
Llamero  
Dibujos de  
Marina  
Seoane





## Los barrios prohibidos

Érase una vez un chaval llamado Poncho que por culpa de una gata llamada Guadalupe se perdió en la gran ciudad y fue a parar a los Barrios Prohibidos. Lo que pasó a partir de aquel instante fue tan prodigioso que no merece quedar en el olvido o en la frágil memoria de unos pocos.

Poncho era moreno, delgado y cojo. Cuando tenía cinco años, jugando en la calle con el soberbio balón que le habían traído los Reyes Magos, un coche despistado destrozó su pierna izquierda.

Aunque se la arreglaron, quedó un poco más corta que la otra.

Poncho no tenía hermanos.

Su padre se llamaba como él, Alfonso, aunque nunca lo llamaron Poncho. Trabajaba en la construcción.

Su madre, Rosa María, limpiaba en un supermercado.

Muchas veces Poncho se quedaba solo en casa, en su piso de una gran manzana en el barrio de la Estrella. El padre solía trabajar en obras de otros barrios muy lejanos. Tardaba dos horas en ir y otras tantas en volver. Así que salía muy temprano a coger el autobús y regresaba bien entrada la noche. La madre madrugaba aún más, porque había que limpiar el supermercado antes de abrirlo. Pero volvía pronto; al mediodía más o menos.

Por eso, cuando Poncho no tenía clase, solía despertarse solo en casa. Él mismo se hacía el desayuno. Después, como no tenía amigos, jugaba con su gata Guadalupe.

Antes de ser cojo, Poncho sí tenía amigos. Jugaba mucho con Roberto y con Mauricio, que eran

de su edad y vivían en la misma manzana. También jugaba con Rosendo, que era del bloque de enfrente, pero tenía un balón estupendo. Y estaban, además, los amigos de la escuela. Y los primos Tito y Sara, que vivían en un barrio distinto pero iban a veces por allí...

Después del accidente, Poncho no sabía qué hacer con los amigos. Si jugaban al balón, era demasiado lento. Si jugaban a otras cosas, pensaba que era sólo porque él les daba pena. Prefería no jugar a nada. Decía que tenía que hacer muchos deberes. Ponía cualquier excusa. No jugaba ni cuando iban de visita los primos Tito y Sara.

Por eso Poncho se había quedado sin amigos y ya sólo jugaba con la gata. Aquella gata suya, un poco vaga y dormilona, que tenía por nombre Guadalupe.

Cuando Poncho se levantó un soleado 10 de abril de hace un par de años, Guadalupe estaba rara. Se había encaramado a la ventana del salón y con el cuerpo tenso miraba al exterior desde aquella altura de un segundo piso. Tenía los ojos muy

abiertos, las orejas rectas y movía el rabo inquieta. Como si esperase el momento de saltar sobre una presa que sólo ella veía.

Aquello era aún más extraño si se tiene en cuenta que Guadalupe solía dormir hasta muy tarde, tras haber pasado buena parte de la noche en vela persiguiendo esos misterios que sólo los gatos conocen. Por eso dormía casi siempre hasta más allá del mediodía, y era el propio Poncho quien tenía que ir a despertarla si no tenía ganas de estar solo.

—¿Te pasa algo? —preguntó aquel día Poncho, todavía un poco adormilado.

Ella no se movió de la ventana.

Poncho se encogió de hombros, bostezó y entró en el lavabo. Después se preparó un buen tazón de leche con cacao. Y cuando desayunó y volvía a su habitación con intención de vestirse y de hacer la cama, comprobó asombrado que Guadalupe parecía haberse ido.

La llamó. Se puso a buscarla por la casa. Miró en el armario empotrado del pasillo, que su madre usaba de trastero. Muchas veces Guadalupe se



escondía allí y no se movía hasta que Poncho la encontraba. Eso sucedía cuando era ella la que quería jugar. Pero ese día la gata no estaba en el armario.

Volvió al salón. Se apoyó indeciso en la ventana donde había visto a Guadalupe al levantarse. Sólo entonces cayó en la cuenta de que la ventana no estaba cerrada. Se asomó al exterior. La vio abajo. La gata corría por la acera.

«¡Qué bruta!», pensó Poncho, «¡Se ha tirado!». Y gritó:

—¡No te muevas, que bajo a buscarte!

Se vistió en un segundo. Bajó las escaleras con toda la rapidez que le permitía su pierna mala. Y llegó a la calle en el mismo instante en que Guadalupe desapareció tras una esquina.

—¡Espera, no te vayas!

Poncho corrió tras ella sin que la gata le oyese o escuchara sus gritos. Cuanto más deprisa trataba de ir él, tanto más largos eran los saltos que daba ella.

La persecución se hizo larga. Tras una calle, otra; tras una plaza, esquinas que se doblan; avenidas transformándose en sendas infinitas. Ni Guadalupe paraba ni Poncho se rendía.

De esta forma, sin darse cuenta, se fueron alejando del barrio de la Estrella y de los otros barrios conocidos. Y nunca supieron con certeza en qué instante preciso traspasaron el límite de los Barrios Prohibidos.

Guadalupe seguía corriendo, unos cincuenta metros por delante de él. Poncho, fatigado y confuso por el comportamiento de la gata, trató de detenerla una vez más:

—Por favor, Guadalupe, párate. Nos hemos alejado mucho y tenemos que volver. Mamá se enfadará si llega y no estamos en casa.

Por primera vez la gata pareció haber entendido. Detuvo el paso, volvió la cabeza y lo miró. Después, incomprensiblemente, se tumbó en el suelo. Poncho corrió hacia ella y se agachó. Le pasó una mano por el lomo.

—¿Qué te pasa, Guadalupe? ¡Estás temblando!

La gata parecía agotada tras un esfuerzo desproporcionado.

—No le pasa nada grave.

Poncho se volvió sobresaltado. Junto a él había un hombre viejo, alto, de barba puntiaguda



y ojos profundos. Vestía un traje negro, llevaba un maletín negro en una mano y un bastón también negro en la otra. Hasta la sonrisa de aquel hombre parecía negra.

–¿Quién es usted? –preguntó Poncho.

El hombre torció el gesto al responder.

–Un amigo.

Poncho tragó saliva.

–Nos hemos perdido. ¿Puede decirnos dónde estamos y cómo se vuelve al barrio de la Estrella?

El hombre sonrió.

–Son dos preguntas. Una fácil y otra difícil. ¿Por cuál quieres que empiece?

–¿Dónde estamos? –insistió Poncho.

–Esa es la fácil. Tu gata y tu acabáis de entrar en los Barrios Endiablados; los mismos que en vuestra zona llamáis... los Barrios Prohibidos.

La respuesta no podía haber sido peor. Poncho volvió a tragar saliva disimulando su inquietud.

–¿Y cómo podemos salir?

–Ésa es la pregunta difícil. No se sabe de nadie que haya podido o querido abandonar estos barrios. Y si no me crees, pregúntale al gato, que parece más listo que tú.

—No es un gato —replicó Poncho, enfadado—. Es una gata y se llama Guadalupe.

—Bien, pues pregúntale a tu gata.

—No sabe hablar.

—¿Estás... seguro?

Poncho sólo estaba seguro de que quería coger a Guadalupe, echar a correr y perder de vista todo lo que le rodeaba. Estaba claro que el hombre de negro no iba a ayudarles a encontrar el camino de regreso.

Sin embargo, al tratar de levantar a Guadalupe observó que sus temblores habían aumentado. Algo le pasaba. Estaba...

¿Estirándose?

¿Creciendo?

¿Transformándose en...?

Poncho no podía dar crédito a lo que veía.

Guadalupe aumentaba a ojos vistas de tamaño. Se desvanecía el pelo de su cuerpo. Patas y garras iban siendo brazos, piernas, pies y manos. El rabo desapareció. Y la cara...

La gata Guadalupe había dejado de ser gata.

La gata Guadalupe era una chica joven, alta y sorprendida. Sentada en la acera, miraba alternativamente a Poncho y al hombre, como si

esperase que uno de ellos diera explicaciones del prodigio.

Poncho, a su vez, la miraba hipnotizado. Sólo los ojos, de pupilas verticales, habían quedado del antiguo cuerpo de la gata Guadalupe.

El hombre de negro no decía nada. Pero hizo algo. El extremo de su bastón tocó a la chica. Al instante, quedó vestida con un pantalón, una camisa y unas zapatillas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Guadalupe, con una voz tan humana como hermosa.

Poncho quiso responder. Y recibió la segunda gran sorpresa. De su boca no salió más que un:

—¡Miau...!

Se miró sorprendidísimo. Y comprendió que, mientras contemplaba la transformación de Guadalupe, algo similar había estado ocurriendo en su cuerpo. Pero a la inversa.

Poncho no era ahora un chico. Poncho era un gato negro. Por eso al hablar no le salió más que un maullido.

Miró con desesperación al hombre de negro. El hombre entendió lo que decían sus ojos, de pupilas horizontales como cuando aún era un humano. Y dijo sonriendo, con voz algo burlona:

—A mí no me culpes, jovencito. Obedezco órdenes de arriba. Y además, sólo os ha sucedido lo que a todos los que entran en los Barrios Endiablados. Claro, que, en este caso, confieso que ha sido culpa mía que hayáis venido aquí. Llevaba un par de horas esperando...

El hombre parecía divertido con los gestos de estupor que mostraban la chica y el gato. Sacó del maletín una flauta mínima, del tamaño de un dedo meñique. Se la acercó a los labios. Por las gatunas orejas de Poncho se deslizó una música dulcísima e irresistible. Y explicó el hombre de negro:

—Los humanos no pueden oír el agudo sonido de esta flauta, pero sí los gatos con su oído fino. Antes, en vuestro sector de la ciudad, lo oyó Guadalupe y sintió el impulso de venir, tal y como yo quería. ¿Soy o no soy un tipo listo?

—¡Un presumido es lo que es usted! —le gritó Guadalupe con irritación.

El hombre de negro soltó una carcajada:

—¡Caramba, con la gata, qué genio más vivo! ¡Artimario estará encantado cuando te eche el guante encima!

–¿Para qué deseaba que viniéramos a los Barrios Prohibidos? –preguntó Guadalupe sin hacerle ningún caso.

A Poncho también le habría gustado decir algo, pero desde que en vez de palabras le salió un maullido no se atrevía a abrir la boca.

El hombre de negro, sin dejar de sonreír, paseaba en torno a ellos.

–No soy yo quien dispuso que vinierais –le estaba respondiendo a Guadalupe–, sino alguien que tiene más poderes. Bueno, en realidad te esperaba a ti solita. Al chico no quise atraerlo. Él ha entrado aquí por perseguirte... Pero, en fin, mi misión ha terminado. Quien me ordenó traerte sabrá también cómo encontrarte. Os deseo a ambos una feliz estancia en estos barrios. Encontraréis en ellos todo lo imaginable. Ahora es vuestra casa. Disfrutadla. Y si algún día podéis y queréis, venid a verme. Me encanta conversar con gente tan simpática.

Guadalupe estaba a punto de decirle cuatro groserías. Pero se contuvo y se limitó a recordarle:

–No sabemos ni su nombre... ¿Cómo vamos a ir a visitarlo?

El hombre de negro ensanchó la sonrisa, levantó las cejas y respondió después:

–Longario Longo, así es como me llaman. Vivo en el distrito quinto, cuarta torre, tercer piso, segunda ventana, primer cristal. ¡Hasta la vista!

Antes de acabar, había levantado su bastón negro hacia arriba. Y, arrastrado por él, desapareció por los aires sin dejar de reír como si fuera el tipo más feliz del mundo.

Poncho y Guadalupe no tuvieron duda alguna. Acababan de conocer a uno de los demonios de los Barrios Prohibidos.

En aquella ciudad de millones de habitantes todos los padres prevenían a sus hijos:

–No salgáis nunca del barrio...

–¿Por qué?

–La ciudad es gigantesca. Os perderíais.

–Preguntaremos y alguien nos dirá cómo se vuelve –solían replicar algunos hijos.

Entonces los padres les hablaban de los Barrios Prohibidos:

–Quizá no tengáis ocasión de preguntar. Pues bien pudiera ser que al perderos hubieseis

ido a dar a unos barrios de los que no se sale nunca...

Y hablaban los padres de unos demonios poderosos y malvados que dominaban una parte de la gran ciudad, tras haber encantado a los que allí vivían. En los Barrios Prohibidos, los demonios hacían y deshacían a su antojo, practicaban sortilegios, ensayaban maldiciones, inventaban castigos y lanzaban venganzas. Nadie regresaba ni salía de ellos. ¡Pobre del que entrara, aunque fuera sin querer!

Algunos se atrevían incluso a asegurar que allí la vida estaba vuelta del revés. Y así, las personas se habían convertido en animales y los animales tenían cuerpo de personas.

Lo que nadie sabía explicar era el porqué de todo ello ni cuál era el límite preciso entre los Barrios Prohibidos y todos los demás.

Aún así, el miedo era muy grande. Porque todo se teme cuando nada se sabe.

También los padres de Poncho le habían advertido que nunca abandonara solo el barrio de la Estrella. Que los Barrios Prohibidos podían estar cerca...

Poncho había recordado de golpe todas estas advertencias. Miró con angustia y confusión a su transformada Guadalupe.

—¿Qué haremos ahora? ¿Qué nos pasará?

Eran maullidos y no palabras lo que salía de su boca. Pero Guadalupe, como no deja de ser lógico, lo entendió a la perfección.

—Estoy fatigada —respondió—. Lo único que quiero es dormir. Busquemos algún sitio.

Poncho protestó.

—¡Pero si es por la mañana!

Guadalupe lo miró con extrañeza y después contempló el cielo.

—¿Estás seguro?

Poncho, mirando a su alrededor, no supo qué decir. Oscurecía. Los coches circulaban con luces y las grandes farolas de las calles estaban encendidas.

—¿Tantas horas han pasado desde que salimos de casa, recién levantados? No es posible, no hemos podido estar corriendo tanto tiempo, Guadalupe. Esto no es normal.

—Supongo que no. Pero de todas formas no podemos hacer nada así, cansados y oscureciendo. Sigo pensando que lo mejor es irnos



a descansar. Mañana veremos qué se puede hacer.

También Poncho notaba la fatiga. También él necesitaba un buen descanso, para recuperarse de tanta carrera, sustos y transformaciones. ¿Qué importaba que el sol se hubiese marchado antes de tiempo? Algo les decía a ambos que aún sucederían no pocas desventuras y que más les valdría entonces estar frescos, dispuestos, atentos y descansados.